

virtuosismo de sorprendidas situaciones o argumentos, de macizos y a la vez ligeros desarrollos, de inesperados finales o revelaciones. Y otras veces, la suave poesía de lo fantástico iguala desahogadamente la que nos ofrecería un Bradbury.

El tercer cuento del capítulo «Nueva versión de la bella y la bestia», parece ser el que menos gusta a su autor, pese a la divertida trama de la chica hecha «belleza pública» de la ciudad, las relaciones de la despampanante con su benefactor, y el ágil estilo de cosa periodística que utiliza en éste como en otros cuentos Quiñones. Por mi parte, me quedo del cuento con la frase final, explicando el destino de la muchacha *que parecía haberla agarrado, de un solo golpe, el lento y largo incendio del tiempo*—y esto dicho, arrastrando un poco las sílabas, con inconfundible acento andaluz, con detenimiento moroso ante la magnitud del hecho y la joyería literaria.

*La guerra, el mar y otros excesos*, ese envidiable título que Quiñones encontró para su libro, digno de ser utilizado al infinito, con distinto encabezamiento de excesos, es también el título del tercer capítulo. «Patos, Berlín, la guerra», su primer cuento, no es nada fantástico, pura mezcla de impresiones evocadas, meditaciones vitalistas antibélicas y poesía de toques rápidos, todo girando alrededor de una pata que no se le ocurre cosa mejor que hacer su nido en un cañón abandonado. La enumeración final, que transcribimos, da cuenta del ambiente del cuento y de un modo de hacer muy propio del autor: *Por el bocado, que ya se estaban disputando sus hijos, andaban confundidos y tocados por la sagrada saliva del ave miles de hombres y de mujeres; en él bullía, viva, la transfiguración de millones de esperanzas y de pasos, de esquinas airosas y feas, la Stalinallee y la Kurfurstendamm, los maravillosos edificios de la Hansa y los niños y los perros recién nacidos; la señora Kusitzky y Werner y Marx, y la chica del avión, y la pobre y bienvoluntada tristeza del «Casino 51», y los barcos del Spree, y las cornejas del Treptov y Rosemarie Wierrecht bajo la lluvia, y también los dos jóvenes soldados rusos que estaban allí, cuatro metros más abajo, con todos los soldados rusos e ingleses y alemanes y americanos, y las muchachas del Krantzer, y los balandros del anubarrado Wan See y la Olivaerplatz, y todo cuanto no era miedo ni muerte ni política ni fusiles ni alambradas, sino simple y desnudo y entusiasmado asombro de vivir.*

El segundo cuento «Aún no ha perdido su color el mar», es una espeluznante historia de marinos que evocan los mejores prostíbulos recorridos en su larga vida navegante. El interés de la tertulia será arrebatado—macabramente arrebatado—por uno que cuenta de un baratísimo antro australiano en que el oficio amatorio era cumplido

por canguras vestidas de mujer. El estilo del gaditano se hace en este cuento irónico y desenfadado, de familiar intimidad con el mar y sus cosas: *Todavía, gracias sean dadas al destino, hay buenas peleas, incluso súbitas y limpias peleas colectivas, por los puertos del mundo. Todavía no ha perdido su color el mar, ese interminable sinvergüenza.*

«Un texto escolar sobre OH», supuesta redacción escolar sobre una futura «Operación Humanidad», que habrá reunido en 1994 a todo los hombres en la isla de Cuba para una convivencia pro-paz, es una troceada narración muy interesante que recibe su final condimento con esa frase que cierra las instrucciones pedagógicas —y el cuento—: *Explique el profesor la vanidad de todo.* La radical ambigüedad de lo humano, lo precario de los intentos pacifistas, y al mismo tiempo su necesidad urgentísima, quedan patentes en la historia.

Siguen tres «Nuevas parábolas», verdaderas continuaciones del Evangelio, que lo prolongan brevemente, dando epílogo a las bodas de Caná, y añadiendo dos nuevos episodios, uno de ellos, «La parábola de los diez dineros», de delicadísima belleza.

El capítulo se cierra con el «Caballero andante», que busca a don Quijote para medir con él sus armas. *Pero a ese caballero o lo que fuere, que, por lo que oí contar, tanto se asemejaba a vucencia, no va a hallarlo ya, señor, ni va a poder desafiarse con él porque falleció mesmamente ayer, Dios lo tenga en su gloria.* Podemos imaginar, y ese gozo nos lo deja el autor, la polvorienta vuelta del caballero por la llanura, tras la queda visita a la reciente tumba de «Quijano el loco».

El cuarto y último capítulo, «Mutaciones», da un rotundo final al libro, con tres historias muy distintas, pero apreciabilísimas las tres. «Las campanas de Compostela», que inicia el capítulo, es un confeso homenaje a Jorge Luis Borges, y también, desde luego, a Santiago. El cuento, deliciosa mezcla del dato real con lo imaginado, del apunte bibliográfico o el recuerdo fechado con la cabriola fantástica, vestido todo con un añejo sabor erudito, pero del erudito que cata a fondo y gusta y comulga, está hecho de trozos como éste: *La historia de las maléficas transformaciones de la Antiga tiene algo en común con la de cierto paraje de la Odisea y aún más con la de una fábula nórdica: la Antiga, como Baldanders, es también un monstruo sucesivo. Castigada por el Cielo, esta campana atroz fue, por el orden en que los damos, una cuerda, un pez, otra vez una cuerda, una vieja prostituta, una barca de granito, una extensión de césped silvestre, de nuevo un pez y, por último, un pan de centeno, de cuya forma final pasó a la de campana, ya estable al parecer. O como este: En realidad, los textos de la época carecen de un lenguaje lo suficientemente maduro como para expresar con precisión la gran metamorfosis anual que*

*experimentó la Fremosa sólo durante sus dos primeros lustros de vida: el cuarto día de cada cuaresma, y a todo lo largo de las tres mañanas siguientes, aquel artefacto se convertía en una enorme boca humana, sanguinolenta, abierta y dirigida hacia la tierra; es decir, en su posición natural de campana, etc.* El mundo fabuloso de las leyendas, las míticas vidas de las campanas de Santiago, está presente con fuerza y encanto en este cuento, y llegamos a querer conocer personalmente a la Antiga, la Fremosa, la Sañuda, la Tristania y los demás maravillosos personajes-campana que pueblan la crónica.

«El parpadeo», segundo cuento del capítulo, es una ¿reflexión? humorístico-metafísica sobre un posible parpadeo catastrófico, tal vez del ojo de Dios, que amenaza la existencia del mundo.

Juan Pradobueno, vecino de Marruz, como los protagonistas de *La gran temporada*, taurología humana de Quiñones, es el «otro semi-diós», cuya historia cierra el libro. El hombre, progresivamente atraído por el reino marítimo, acaba por convertirse en lenguado y hacer, frente a sus antiguos vecinos, algunas felices maniobras acuáticas. *Aseguran, en fin, que se alejó sin volver la cara, vigorosamente y casi por el aire, como si las sogas del sol halaran de él hacia la gloria del mediodía y la alta mar. Pero este último extremo de la historia ha sido atribuido por E. E. Randall, el investigador y biólogo inglés, que tomó cartas en el caso, a pura demasía local, clásicamente andaluza, y a un límpido ejemplo de sugestión colectiva: el lenguado no es un pez saltarín.*

Demos gracias a esa demasía, «clásicamente andaluza», que ha producido toda esta colección de excesos, merecedora de figurar en los «grandes novelistas» de Emecé, donde añade otro nombre español a los tres ya presentes: Castillo Puche, Cela y Juan Goytisolo.

Y merecedora de otorgarnos un delicioso rato de lectura, un viaje con elocuente guía por el país de los excesos, una inmersión en lo fantástico, de la que salimos goteando asombro y satisfacción por esta faceta de Fernando Quiñones, gran fabulador, capaz de ensartar historias a propósito de casi cualquier cosa.—JULIO E. MIRANDA.

FRANCISCO FERNÁNDEZ-SANTOS: *Historia y filosofía*. Ediciones Península, 1966.

*Historia y Filosofía* es un conjunto de siete ensayos, publicados en su mayoría anteriormente por separado, que giran en torno a la problemática de lo que el mismo autor llama la «filosofía dialéctica de la

praxis». Pocas veces habíamos tenido ocasión de leer algo tan serio sobre estos temas escrito por un autor español. No se trata ahora, por supuesto, de descubrir a Fernández-Santos, sobradamente conocido por el lector español preocupado políticamente, pero de todos modos sorprende el nivel teórico alcanzado en este volumen, en el que se agrupan los temas más variados: actualidad política en la Unión Soviética, polémica sobre la postura política personal, reflexiones sobre la dialéctica como punto de vista de totalidad o sobre el condicionamiento social de la creación artística. Cuestiones todas, en definitiva, conectadas, como están conectados los dos términos del título, historia y filosofía, pues el entendimiento de los fenómenos humanos supone situarse en la confluencia entre la realidad en movimiento y el pensamiento en desarrollo, como Fernández-Santos observa en la introducción. «Comprender la historia—y hacerla—es explicar la filosofía, hacer filosofía es comprender la historia, hacerla conscientemente. En el centro, como origen y meta de ese doble movimiento, está el hombre, agente de totalización histórica.»

Pero pasemos a ocuparnos de los ensayos. El primero de ellos parte de un problema concreto: la destitución de Khruschef, enfocándolo ante todo desde el punto de vista de la «forma» en que se produjo y lo que ésta significa con relación al problema de la democracia socialista en la URSS. Señala el autor las divergencias entre el régimen soviético y el modelo ideal de sociedad descentralizada, con autogobierno de los trabajadores y autonomía de todos los centros de la vida social. Este problema esencial «no digo que no se haya resuelto, es que ni siquiera se ha planteado con franqueza y en los términos radicales de Marx y Lenin». Ciertamente que las previsiones del marxismo clásico respecto al modo concreto de instauración de un estado obrero pecaban de utopismo y falta de elaboración; cierto que las funciones estatales se han complicado; cierto que no se ha producido la esperada revolución en Europa y que el cerco exterior ha hecho necesario fortalecer el aparato represivo y burocrático. Pero todos estos han sido también pretextos para la burocracia, que se ha convertido en «una capa dominante y totalitaria, sin contacto orgánico con las masas, totalmente incontrolada»; podría haberse evitado esto por medio de controles y garantías político-sociales, autonomía de los sindicatos, libertad de crítica en el partido, control obrero de la producción, rotación en los puestos directivos, etc. Era difícil, pero ni siquiera se intentó: hubo terrorismo de Estado, «procesos de brujería» contra los adversarios de la burocracia, culto a la personalidad... Cuando todo esto parecía superado, una «revolución de palacio» derroca a Khruschef y viene a recordarnos que las técnicas monolíticas estalinistas siguen privando so-

bre el debate democrático y la libre crítica institucionalizada: Khrushchef había cometido errores, desde luego; lo increíble es que nadie pudiera criticárselos durante años y que el único modo de corregirlos fuera *a posteriori* y mediante su aniquilamiento político (parece que los dirigentes soviéticos no han llegado aún a reconocer, con Mao-Tsé-Tung, la legitimidad de contradicciones «no antagónicas» en el seno del pueblo).

Hay, pues, una divergencia entre la teoría —«el estado del pueblo entero, el partido del pueblo entero»— y la realidad, en la que el pueblo entero ignora lo que hacen su estado y su partido. Y hay una doble faceta en la URSS: progresista (sociedad de progreso industrial acelerado y regular, de enseñanza y oportunidades abiertas a todos, poderoso elemento de paz mundial y apoyo a países subdesarrollados...) y reaccionaria (aparato de poder excesivo e incontrolado, en manos de una especie de casta sacerdotal). Lógicamente se trata de una situación transitoria, pues las condiciones objetivas logradas, el nivel de riqueza, el deshielo de la situación internacional, permitirían ampliamente la democratización y la desburocratización; pero esto no se puede esperar de la capa gobernante, sino de la presión popular interna.

«Ideología y conservación» es el título de un artículo de fecha ya antigua, pero no por ello menos interesante. Es un intento somero de sistematización—y desenmascaramiento—de la ideología política de la derecha que hoy, como decía Baudelaire del diablo, trata de convencernos de que no existe: se nos dice que la oposición izquierda-derecha sólo se da ya en la mente de algunos resentidos, que la sociedad tiene un orden natural en el que no hay fisuras ni intereses de clase esencialmente contrapuestos, sino sólo conflictos individuales, a solucionar éticamente, y problemas que pueden resolverse con un «buen gobierno». El problema es, pues, de toma de conciencia frente a esta ideología, desenmascarándola en primer lugar como tal, para lo que se la descompone en tres ideas esenciales:

a) El *orden natural*: la presunción básica de la derecha es que el estado de cosas presente es esencialmente inmutable, no histórico, por basarse en una naturaleza humana, o en una ordenación divina, permanente. Así, la propiedad privada, las clases, la familia burguesa, los tabús sexuales vigentes, son «naturales», no son culpa de nadie. Esto es en realidad una negación de la historia como creación humana, un intento de detener el curso de la historia cuando una clase ha llegado al poder, presentándonos el futuro como «dado», hecho ya.

b) La *unidad nacional*: se pretende que la nación es una unidad esencial y superior que en definitiva anula las contradicciones existentes entre los grupos que la componen. Afirmar esto es trasmutar la na-